

Con la actriz Melissa Giorgio

El privilegio de la pasión

Claudia Hidalgo Paz Soldán

Locuaz, ágil y divertida. Me sorprendió al llegar corriendo, atrasada por las mil actividades que consumen su día a día pero que la mantienen viva, porque cuando uno ama lo que hace no se da por vencido. Melissa Giorgio es comunicadora de profesión y actriz de vocación. Estudió en la Universidad de Lima y es egresada de los talleres de formación actoral de Alberto Ísola y Roberto Ángeles. Divide su tiempo entre el trabajo en un nido, una promotora cultural que fundó recientemente, la actuación y su pequeño hijo, Fausto (no podría ser de otro modo). Ha participado en los montajes teatrales: *La nona* de Roberto Cossa, *Lamiak: las lamias existen* de Garbiñe Losada, *Café de boquitas pintadas* de Miki Page, *Un día en la vida de Adriana Lima* de Vanessa Vizcarra, *La tercera edad de la juventud* de Eduardo Adrianzén, *El matrimonio de Uli* de Vanessa Vizcarra y *Puertas comunicantes* de Alan Ayckbourn, dirigida por David Carrillo.

Al terminar el colegio, ¿tenías la certeza de que querías estudiar actuación?

Lo único que sabía era que deseaba estudiar algo que tuviera que ver con el arte escénico. Organizaba las actuaciones y coreografías, así que tenía toda esa motivación desde niña. Sin embargo, en el 92, cuando terminé la secundaria, no tenía ningún referente de dónde estudiar actuación; además, no estaba segura de que quería ser actriz, lo único que sabía era que deseaba estudiar algo que tenga que ver con el arte escénico. Lo más cercano era Ciencias de la Comunicación. Quería hacer cine, pero lo que a mí me interesaba era la historia, es decir, el guion, ya en la práctica descubrí que me gustaba dirigir actores.

Todo comenzó a tomar cierto rumbo.

Exacto. Realicé mis prácticas preprofesionales en los dos últimos ciclos de la carrera.

En una productora, como asistente de producción, y después salté a Iguana, en vestuario, donde veo directamente el trabajo del actor. Recuerdo que estaban Alberto Ísola, Ana María Jordán y Gianella Neyra grabando *Girasoles para Lucía*. Quedé fascinada con el trabajo del actor, apenas decían "acción" me quedaba enganchada observándolos, y es ahí en donde tomé conciencia de que eso era lo que más me gustaba hacer. Comencé a hablar con Alberto, porque lo veía casi a diario, y le dije: "Alberto, a mí me gustaría dirigir, estoy estudiando en la universidad Ciencias de la Comunicación. Me gusta el cine, me gustan los guiones y también pienso que me encantaría dirigir actores... ¿tú piensas que para ser un buen director de actores uno debería estudiar actuación?", y me dijo: "No necesariamente, pero sería bueno", y años después, haciendo un paréntesis, creo que esa pregunta fue con trampa, porque muy en el fondo yo quería actuar, pero tenía miedo... Además, a veces la carrera te muestra mu-



chas cosas, es un abanico de oportunidades, y en mi época fue un periodo en el que poco a poco consolidé mis intereses. Luego, con la práctica y los años me di cuenta de en qué áreas me gustaría desenvolverme.

Entonces, tu paso por la universidad no fue una pérdida de tiempo.

No, me ha servido totalmente. Aunque, sí he llegado a pensar que me equivoqué, porque conocí a una compañera que se pasó a Artes Escénicas a mitad de carrera —se acababa de abrir en la Católica—, pero yo quería terminar rápido. Estuvo bien que estudie Comunicación; ahora apuesto más por la actuación, pero mi carrera me ha ayudado mucho.

¿Cuándo tomaste la decisión de estudiar actuación?

Después de la conversación con Alberto. Terminé la universidad, pasó muy poco tiempo, y revisando *El Comercio*, un día domingo, encuentro en Luces: "Alberto Ísola va a abrir muy pronto su Taller de Formación Actoral". Llamé, me inscribí, di el tortuoso examen frente a cinco jurados, nunca en mi vida había hecho eso, y tuve la suerte de ingresar. Ha sido una de las mejores inversiones que he hecho, porque fue un taller largo, completo y me ha servido para toda la vida. Lo dictó en la Católica, teníamos a Mirella Carbone en

danza y en voz a Bertha Pancorvo; para mí fue la puerta que se abrió, me dediqué completamente a él.

¿Cómo reaccionó tu familia cuando les confesaste que querías ser actriz?

Lo que pasa es que yo me considero desde los veintiún años cuasi independiente. Perdí a mi mamá a esa edad; mis papás eran divorciados y yo siempre había vivido con ella. Creo que no le gustaba mucho ese ambiente, presiento que al principio hubiera tenido muchos reparos. Mi papá me apoyó en todo, disfruta verme actuar y supongo que como todo padre, mientras ve a su hija feliz él va a ser feliz. Entonces, pienso que en el momento en que decidí estudiar actuación no tuve trabas; he conocido compañeros de talleres que sí las han tenido, por eso lo he disfrutado y lo valoro tanto.

¿Llegaste a ejercer tu carrera de comunicadora?

Sí, lo he hecho. Después del taller trabajé como productora, en redacción periodística, en Panamericana leyendo noticias... Quedé embarazada, y me dediqué a mi hijo durante seis años. Regresé a la vida laboral como coordinadora cultural del Teatro Británico. A veces, por circunstancias de la vida, tienes que ponerte a chambear, a producir.

Y dejaste la actuación...

Un tiempo. Cuando terminé el taller de Alberto me salieron chambitas muy chiquitas: dos comerciales, un par de bolos, pero nada grande. En este *stop* que hice, de prácticamente seis años, crecí por otro lado, como profesional y mamá; sin embargo, dejé totalmente mi vocación, por eso, cuando salí del Británico, mi impulso fue: "tengo que retomar esto". Imagínate lo que es trabajar en un teatro y estar detrás, yo quería estar delante, realmente fue pesado... pero conocí a muchas personas: productores, directores y actores que me ayudaron un montón como referentes, son compañeros que tengo hasta el día de hoy. Y conocí a Roberto Ángeles, y hablé con él, justo cuando el Británico produjo *El mercader de Venecia*. Él dirigía y Alberto actuaba; tenía a mi maestro y a mi futuro maestro. Entonces, le dije: "Quiero ser actriz, no me considero todavía una actriz porque no lo he ejercido como tal, he parado mucho tiempo y quiero retomar lo contigo".

Diste el examen e ingresaste.

Sí. Con Roberto también he estado en un taller largo, prácticamente un año. Es otra mirada, los dos son maestros espectaculares pero siento que cada uno tiene su estilo y, felizmente, terminando el taller de Roberto no he parado. Lo terminé en el 2006 y en el 2007 ya tenía la oportunidad de estar en un teatro de verdad haciendo *La nona*, que fue el primer montaje profesional en el que actué y gracias a Dios siempre he hecho teatro, una

o dos obras al año, pero siempre he hecho teatro.

No es fácil ser artista, por lo menos acá.

No, no es fácil. Y creo que no lo es en todos lados. Tú puedes vivir de la actuación, pero tienes que hacer muchas cosas, no somos como el común de los mortales que pueden tener un trabajo, tenemos que tener dos, tres, cuatro. Mientras estás en una obra, si es que tienes la suerte, puedes buenamente estar en una novela, como elenco, reparto o bolos frecuentes, locuciones, eventos, enseñanzas teatro o produces una obra, creo que esa es una de las características del actor que es multifuncional, *multitasking*, tienes que hacer muchas cosas, pero también es rico. Por naturaleza, en particular, no suelo ser muy feliz si me dedico a una sola cosa, peor si es cien por ciento oficina, ya lo he hecho, por necesidad, y la he pasado muy mal; sin embargo, cuando he logrado equilibrar chamba de oficina con teatro o chamba de oficina con locución, pero más con teatro —porque llena más tus días—, vuelvo a ser feliz.

¿Cómo haces para organizarte? Eres actriz, mamá y empresaria... ¿cómo nació Imán?

En realidad eso es súper reciente, y nació un poco por la cólera. ¿Por qué te digo por la cólera? El año pasado tuve la suerte de estar en dos montajes: *La tercera edad de la juventud*, que dirigió Giovanni Ciccía, y con Vanessa Vizcarra en *El matrimonio de Uli*.

Las dos obras fueron fantásticas, pero como suele pasar son dos tipos de producción diferentes.

Vanessa es una mujer aguerrida; levantó una obra prácticamente sola. Entonces, llega un momento en que tú, como productora independiente, no te das abasto para jalar gente. Me disgustó que un montaje tan bonito no haya tenido la cantidad de público que nosotras hubiéramos querido. Así que pensé, “me encantaría hacer una consultoría, un trabajo específico, y ayudar a todas las productoras a llevar gente al teatro”.

Tenías una idea...

Y comencé a darle vueltas. Conversé con Lizet Chávez, que justo regresaba de Francia, y me dijo: “me interesa, si quieres trabajamos”, y así fue que en noviembre del año pasado, todo el mes, de lunes a viernes hemos estado chambeando la propuesta.

Imán es una promotora cultural que se dedica única y exclusivamente a la venta directa de entradas a espectáculos y festivales, lo que hacemos es presentarnos ante las productoras y les ofrecemos nuestros servicios, tenemos una cartera de clientes que se está formando. Entonces, el gancho es que a nosotras, como Imán, la productora nos dé un precio por debajo del mercado, un precio asequible, atractivo, de esa manera enganchamos con empresas y colegios. Comenzamos en enero con *Astronautas*, en el Mali, y ahora estamos en conversaciones con un par de teatros más.

Enfocarse en descentralizar el teatro, cambiar de público.

Justo esa también es la motivación que tenemos con Imán. La visión es buscar un nuevo público porque el año pasado sentíamos una recesión; había obras, crecía la producción pero bajaba el público... y tratando un poco de atar cabos, de tener una postura, de teorizar, pienso que el mismo público que está acostumbrado a consumir arte ya no se da abasto. Mira la cantidad de conciertos que hay, las obras de teatro, otros tipos de diversión más allá del cine; lo que buscamos es despertar esa necesidad en gente que nunca en su vida ha ido a ver una obra de teatro o un concierto de cámara o un espectáculo de *impro*, de danza. Necesitamos abrirnos hacia otros públicos, incluso hay teatros que tienen un público cautivo: el Marsano, el Británico, pero hay otros que todavía no, que les cuesta que la gente vaya, porque no los conocen, son pequeños, no les dan el espacio. Entonces, eso es lo que necesitamos los artistas: expandirnos, hacernos más conocidos, y así la gente va a tener la oportunidad de consumir otro tipo de cosas, de diferentes precios, calidades y temáticas distintas.

Ahora que has retomado la actuación, que trabajas en un nido y estás con todas las ganas en función a Imán, ¿cómo sacas tiempo para tu hijo?

No sé cómo, bueno... sí sé cómo, pero a veces prefiero no pensarlo. Ahora, cuando venía corriendo, sentía que hago mil cosas —siempre he sentido que hago mil cosas—,

de hecho hay momentos de crisis en las que estás atiborrada y tienes que darle prioridad a algunas y dejar de lado otras, por ejemplo, mi maravilloso taller de narrativa, que lo he tenido que dejar de lado porque ya no tengo tiempo ni cabeza, ni energía para poder asistir a las clases.

Generalmente, es una suerte de tener pasión por lo que haces y ser lo suficientemente organizada, aunque a veces no lo soy... tengo un montón de cosas todavía en el aire. A mí me encanta la literatura infantil; he escrito una novelita para niños que todavía no termino de editar, porque no me alcanza el tiempo. Además, sé que cada vez que me invitan a un montaje tengo que sacrificar tiempo en casa, que no veré a Fausto todo el tiempo que quisiera, felizmente está más grande, llega más tarde del colegio, ya no me siento tan culpable, pero... creo que es por momentos, cuando se acabe la obra podría dedicarme dos horas diarias a editar, al nido y a atender a Fausto.

A diferencia de ti, Fausto sí ha crecido viendo a dos padres actores, ¿qué ha-

rías si te dice que quiere dedicarse al teatro?

Es que ya me lo ha dicho (risas). Ahora está estudiando teatro con su papá, le encanta... ¡ya me fregué! Tiene diez años. El año pasado me decía que quería ser actor y arquitecto, lo cual aplaudí, pero creo que la arquitectura ya la está dejando de lado. Ha hecho un par de bolos en unos videos, un comercial y, cuando lo llaman, hace *castings*. No soy de las mamás que lo llevan a todos los *castings* porque la verdad es que preferiría que haga muy poco todavía, es bien chiquito, pero hace más locuciones que la mamá. Está de locutor publicitario, le va muy bien, le gusta, se divierte... ya es artista. Yo creo que se va a dedicar al arte definitivamente —también es muy bueno dibujando—, y yo feliz, en verdad, que él sea lo que quiera ser, por mí que se vaya a estudiar fuera, que tenga otra carrera, quién sabe lo que pueda pasar de acá a diez años. El ambiente está cambiando, estamos creciendo, hay más producción, pero faltan teatros, faltan salas, que el sector privado invierta, porque sí es negocio.